

**CASTORON EL DE ESPINEDO (LENA)**

**VIDA Y ANDANZAS DE UNO DE LOS MEJORES ALIMAÑEROS ASTURIANOS**

**Tiene setenta y nueve años y, desde la infancia, recorre los montes del concejo lenense**

☆ «EL LOBO ES SANGUINARIO, MATA POR MATAR Y NO COMO OTRAS FIERAS QUE LO HACEN PARA ALIMENTARSE»

★ EL RAPOSU Y LA FUINA (MARTA), LOS ANIMALES MAS CAZADOS POR CASTORON

Los valles del Huerna, Pajares y en general todo el concejo lenense fueron siempre, ahora no tanto, paraíso de alimañas y fieras. Por eso no es de extrañar que algunos de sus lugareños se distinguiesen y distinguen por su valor y destreza para dar muerte a estos animales tan dañinos para la ganadería y peligrosos para las personas.

Los alimañeros son una raza que poco a poco se va extinguiendo. Las prohibiciones de ICONA y las armas de fuego son sus principales enemigos. Pocos, muy pocos son los que quedan en el concejo. De estos últimos quizás el más famoso sea Pola, el hombre que levantó la veda del oso en el concejo con aquella famosa frase del juez: «Antes el hombre y su hacienda; luego el oso». Mas otro hombre del valle del Huerna destaca con luz propia por sus hazañas y conocimientos de las alimañas que en el concejo tenemos. Es, para mucha gente, el mejor alimañero del concejo y sus alrededores.

Hombre callado, que no gusta de alardear sus proezas, por lo que a veces éstas llegan al pueblo muy desfiguradas, y otras muchas sólo las conocen amigos íntimos. Nos estamos refiriendo a Castor Álvarez Alvarez mas conocido por Castorón el de Espinedo.

Nació nuestro hombre en Espinedo, hace setenta y nueve años, y ya desde pequeño se siente atraído por los montes de su tierra. Hijo de una familia ganadera, empieza desde muy temprana edad a subir con el ganado a los montes: una vez allí, su gran afición es la de buscar huellas de animales y distinguirlos. No contento con esto, comenzó a seguirlos, por lo que desde muy joven no había paso de animales que Castor no conociera. Más de una vez sus padres se llevaron grandes sustos por culpa de esta gran afición que el chaval tenía: comenzaba a seguir el rastro de las animales y perdía la noción del tiempo; hubo veces que desapareció dos o tres días, para volver a aparecer después con alguna pieza cobrada. Estas desapariciones enfadaban mucho a su padre, José Álvarez Acebal, que castigaba a Castor no dándole a subir al monte con el ganado. En estos castigos, Castor se iba al río, y de aquí nació otra de sus grandes aficiones: la pesca. En esto es un maestro. Nadie en el río Huerna pescó tantas truchas como él. Conoce de punta a punta el río y sabe en qué lugares está tan preciado manjar. Sobre la pesca de la trucha en el río Huerna, Castor nos cuenta lo siguiente:

*lado del río paré de pescar y observando me di cuenta que en ambos sitios había luces enfocando el río, deduciendo que eran dos parejas de la Guardia Civil. Ante aquel panorama opté por tumbarme en el río; las linternas pasaban por encima de donde yo estaba y les sentía hablar; cada vez que la luz pasaba yo sacaba la cabeza y respiraba. Estuvieron cerca de un cuarto de hora merodeando por allí. Pille una mojadura que ya os podéis imaginar, pero lo que más me dolió fue que no pesqué ninguna trucha.*

**EL PRIMER LOBO**

Estos hechos fueron confirmados en Espinedo, ya que en el primer año, el ingeniero lo promulgó por todo el pueblo, y el segundo fue comentado por las dos parejas de la Guardia Civil en el bar, diciendo que no se explicaban por dónde había logrado escapar. En el arte de la pesca Castor tiene una costumbre un poco singular y famosa en el valle: cuando está esperando en la orilla la llegada de la trucha o bien descansando después de unas horas de agotadora pesca, se tumba en la orilla, pero

siempre con los pies dentro del agua, pues según él en el agua están más calientes.

Como alimañero, Castor empezó a distinguirse desde muy joven. A los diecinueve años consiguió, después de una ardua persecución y estudio de huellas, atrapar su primer lobo en una armadilla. Poco tiempo después localiza las huellas de un oso, las sigue y llena de trampas el lugar; cuando vuelve a los quince días se encuentra con el oso muerto en una de ellas. Después vienen toda clase de animales: fuinas o martas, rebecos, jabalíes, gatos monteses, furones, tejones, etcétera. De todo éstos, al que más odia Castor es al lobo, azote durante mucho tiempo de la ganadería asturiana, sobre él nos cuenta lo siguiente:

*«El lobo es sanguinario; mata por matar, y no como otras fieras, que matan para alimentarse. Razones tendrán los que están a favor de su conservación, mas yo no los comparto ni comprendo. Al lobo hay que aniquilarlo. Para alegría del ganadero puedo casi asegurarte que ahora, por estos montes, los hay contados, si es que queda alguno. La estriación les hizo mucho daño. Antes te pagaban mil pesetas por cada lobo y mil quinientas por la loba. Si mal no recuerdo fueron dieciséis los que a lo largo de mi vida logré capturar, y fueron pocos. Todos los capturé con armadilla (trampa), menos a uno, que se me escapó del cepo y lo rematé después con la escopeta; también dejé cojo a uno que, según me contaron, fue famoso después por Quirós.*

**LOS OSOS**

Referente a los osos nos dice Castor que son animales muy golosos, gustándoles mucho tam-

bién las castañas, por lo que él buscaba los rastros de este animal en lugares donde abundasen estos frutos, las seguía y plantaba trampas por el lugar; con esta técnica mató a cuatro. De estas cuatro capturas la que más recuerda es la última, hace unos veinte años. Estando su mujer en «Prau Grande» con el ganado, sintió que uno de los animales bramaba mucho; intrigada bajó a ver qué ocurría, encontrándose con una escena espeluznante: un oso había tumbado a la vaca y sujetaba a ésta cogiéndola con una zarpa la cabeza y con otra las patas traseras, a la vez que mordía los intestinos. Candela García, así se llama su mujer, echó a correr en busca de Castor, que estaba en otro «prau». Volvieron los dos, encontrando a la vaca descuartizada y rastros del oso. Castor siguió las huellas, puso las trampas y a la semana el oso había caído. Caso parecido le pasó con los lobos; un año le comieron dos «magüetas»; al preguntarle los vecinos lo que había pasado, siempre terminaba el relato con la misma frase: «No os preocupéis, que pagan han de pagarla». Aquel año mató cuatro y dejó cojo a otro.

Conocer del terreno como nadie, Castor revela por primera vez los lugares idóneos para la caza del oso y el lobo en el concejo de Lena:

*«El paraiso del oso y el lobo era, ahora no sé si quedan, El Tapinal, que se encuentra un poco más arriba de la Ablaneda. Allí había muchos.*

Posiblemente ahora no haya ninguno, ya que en la Ablaneda se encuentran las oficinas de Huarte y Compañía del túnel Negrón Norte, obra ésta cercana a la Ablaneda y que ha ahuyentado a las fieras.

Los animales que más ha caado Castor son el raposu y la fuina (marta); los primeros pasan de doscientos y los segundos se acercan a la cifra, si no es que la superan. Quizá sea la fuina el animal que más anécdotas haya dado a Castor. Contando treinta años marchó a por el ganado a Los Fueuxos, lugar situado encima de Jomezana; era en invierno y había media vara de nieve. Llegando al lugar encontró rastros de una fuina, por lo que ni corto ni perezoso comenzó a seguirlos; a medida que ascendía el terreno se hacía más escabroso, por lo que decidió desprenderse de las madreñas que llevaba, quedándose descalzo. Continuó todavía hasta La Braña, donde logró capturar a la fuina. Al volver vio rastros de sangre en la nieve, no explicándose a qué animal podría pertenecer; cuando llegó al lugar donde se había descalzado se dio cuenta que el rastro de sangre visto anteriormente era suyo, ya que llevaba los pies en carne viva y no paraban de soltar sangre. Mas no acabó aquí la historia, pues días después, los de Jomezana andaban preocupados con unas huellas encontradas de un oso que iba herido, pues sangraba en abundancia. Dichas huellas no eran otras que las de Castor, al que los de Jomezana confundieron con un oso.

Son muchas las anécdotas que Castor tiene en la caza de la fuina, y todas dignas de contar, entre ellas seleccionamos las siguientes: Yendo Castor con dos vacas, un poco más abajo de Espinedo, encuentra un rastro de fuina; sin pensárselo dos veces amarra las vacas a una portilla y se lanza en pos de la fuina; logró darle alcance en el concejo de Quirós, tardando en la tarea tres días



CASTORON EL DE ESPINEDO

Otra vez, estando en la vega el Pando, siguió el rastro de otra, viendo cómo se metía en una falla, la cual tenía muchos agujeros, por lo que temiendo se escapara empezó a taponarlos. Mas tenía tantos que comenzó a poner la ropa que llevaba, taponando el último con la única pieza que le quedaba. Como Dios le mandó al mundo fue a la cabaña que tenía cerca, cogió la armadilla y la puso, en el hueco de abajo; sólo tuvo que esperar un rato para cobrar la pieza. Después, se vistió. Mas también por seguir a una fuina le ocurrió el hecho más triste de toda su vida. Corría el año cuarenta y era pleno invierno, en los montes de Valgrande encuentra el rastro de una fuina, y, como de costumbre, empieza a seguirla. Sin darse cuenta pasa por delante de un refugio en donde se hallaban unos republicanos escondidos; éstos salen asustados, pero Castor les convenció que él sólo va detrás de un animal. El susto le hace desistir de su persecución y toma el camino de regreso a Espinedo. Cuando llega a la altura de Tuiza es noche cerrada y la Guardia Civil, confundiendo con uno de los republicanos, le lanza una granada sin previo aviso, por suerte no le cogen de lleno, mas la mano derecha le queda inútil para siempre.

También gracias a la fuina descubre un pequeño filón de ingresos. Estos animales son muy golosos, por lo que merecen mucho los panales de miel silvestres. Castor se dio cuenta de este detalle, por lo que para descubrir a la fui-

na seguía a las abejas. Pues bien, en todo el valle del Huerna una frase es conocida: «Toda la miel que consigue Castorón el de Espinedo no coge en una cisterna de Gas Madrid».

Muchas son las historias que de Castorón el de Espinedo podríamos contar, y muchas son las enseñanzas que este hombre podría darnos sobre los animales de Lena; conoce por dónde pasan y casi estoy seguro que sabe cuántos de cada especie quedan. Castorón hace algunos años llegó a regalar un cerdo a una persona que le indicó dónde estaba una armadilla que había perdido; creemos que como alimañero está con este hecho más que definido. El mismo nos dijo: «Mi vida fue siempre la pesca y la caza».

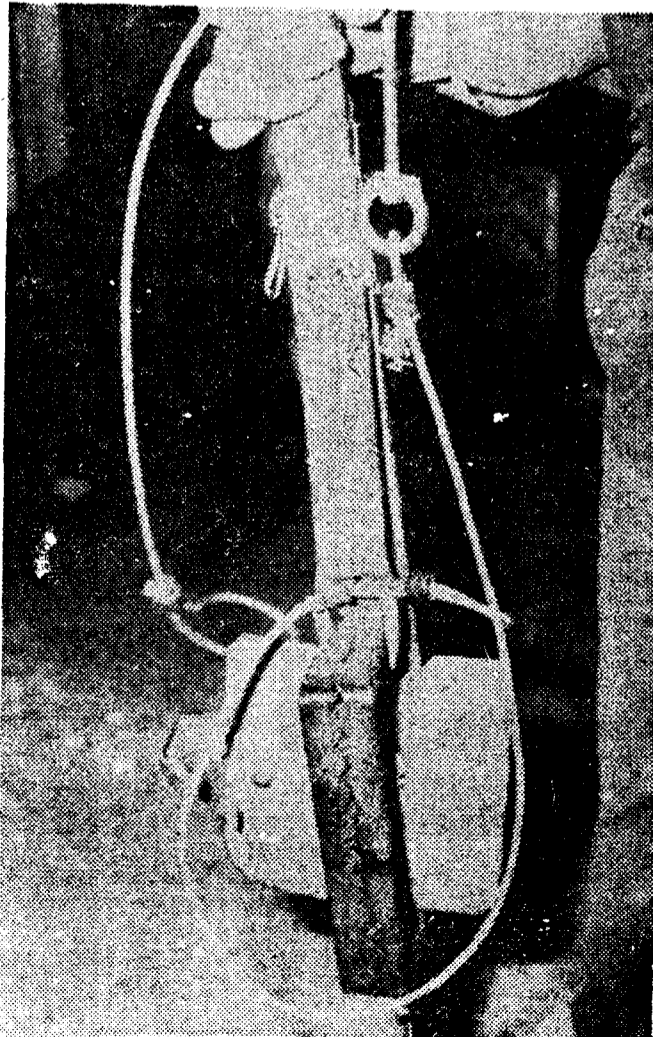
Al principio de la charla que con él mantuvimos nos explicó el porqué de su mutismo. «Mirad, yo sé cómo es la gente, cuantas lo que te ocurrió y casi nadie te cree. Piensan que uno tiene ganas de figurar y que todo lo que comentas es invención de uno, por eso es mejor hacer lo que tiene uno que hacer enterándose de ello los menos posibles».

De esta manera piensa Castorón Álvarez Alvarez, hombre sencillo que no gusta de alardear de sus hazañas. Este escrito es un pequeño homenaje a un hombre que hoy es realidad y que a la vuelta de unos años será leyenda. Castorón el de Espinedo, uno de los mejores alimañeros de Asturias.

**FERUSTIELLO 1º**  
(Fotos Elieco DEL CASTILLO)



LOBO MUERTO POR CASTOR



ARMADILLA Y LAZO DE JABALI



CASTOR Y SU MUJER

*«Yo siempre pesqué a garrafa, siendo éstas fabricadas por mí. Entre las anécdotas que me ocurrieron recuerdo que un día, en el año treinta vino desde Oviedo un ingeniero de la Hullera Española a encargarme truchas para un banquete que tenían al día siguiente. Le pregunté que cuántas quería y él me dijo que como eran para el día siguiente, las que pudiera coger, pero que cuantas más mejor. Por la noche salí al río y al volver de madrugada llevaba conmigo veinticinco kilos de ellas. Al verme, a punto estuvo de desmayarse. Ese día fue la vez que más kilos de truchas logré pescar. A partir de este día fueron incontables los encargos que tuve para bodas y banquetes. En todas las veces que salí al río sólo en una de ellas tuve problemas. Como tenía por costumbre, al anoecer cogí la garrafa y me encaminé hacia un recodo que hace el río un poco más abajo de Espinedo; al rato, y cuando más enfrascado estaba en la tarea, sentí voces por la carretera y por el otro*